

Los Intelectuales Españoles en la Guerra

Los nuevos encarcelamientos de intelectuales en España revelan la inestabilidad del régimen y la creciente presión que sobre los asuntos políticos comienzan a ejercer sus escritores. Es este un hecho totalmente nuevo en la vida intelectual española desde que en 1939 se impuso la dictadura, y presenta rasgos bastante curiosos.

Los diez primeros años del franquismo presenciaron la extinción casi completa de la vida intelectual. Los escasos intelectuales que permanecieron en el país dieron la espalda a la realidad circundante encerrándose en sus bibliotecas. Fué el período del auge desmesurado de la crítica erudita y de la poesía religiosa. En este momento se impone el magisterio de Dámaso Alonso, en tanto Ortega y Gasset se rehusa a contaminarse con el régimen. Los sobrevivientes del 98, Azorín, Baroja, son justamente eso: sobrevivientes solitarios de una raza extinguida.

Fué también el período en que los discípulos de la generación del 26, servidores del franquismo contribuyeron a la empresa del hispanismo y a la propaganda cultural. Entre ellos debe recordarse a Rosales, Panero, Ridruejo—ahora encarcelado—. Cela. Son justamente estos, los que hace casi veinte años militaban en el falangismo o secundaban la labor cultural del régimen, quienes ahora se rebelan: a veces contra sus excesos, otras contra sus debilidades, en nombre del principismo falangista. Hay en esta agitación, mucho de rivalidades de grupo político influyente mucho también de una manera peninsular de no querer entenderse.

A partir de 1950 se inició una segunda etapa de mayores concesiones a la actividad intelectual, que permitió la aparición de numerosas revistas de pequeños cenáculos independientes. E incluso se toleró la edición de las obras de aquellos escritores víctimas del régimen como Federico García Lorca y Miguel Hernández.

Es a partir de esa fecha que se sitúa la acción de una nueva generación de intelectuales españoles a quienes ha de caer más tarde o más temprano, la dirección de su cultura. Son casi desconocidos, autores de uno o dos libros, pocos han sobrepasado las fronteras cerradas de su país, en su mayoría no superan los treinta y cinco años.

Son ellos quienes, más auténticamente que los viejos intelectuales falangistas ahora en oposición, están en el centro de esta convulsión de la vida cultural española. Son ellos quienes reciben el apoyo de los estudiantes jóvenes que agitan el ambiente universitario madrileño.

Podemos inquietarnos por su situación, más aún si hemos hablado con ellos alguna vez. Quienes ahora tienen treinta años, tenían diez cuando la guerra civil, no olvidarlo. Su formación intelectual estuvo dominada por el oscurantismo, la opresión, un odio bárbaro contra las formas progresistas de la cultura.

Es muy difícil imaginarse, desde un país como el nuestro, abierto a todas las corrientes contemporáneas, lo que es vivir en un claustro temeroso, lo que es carecer de los libros fundamentales. Doy un ejemplo personal. No pude obtener en Madrid, a pesar de mi insistencia y de aducir mi calidad de extranjero de paso, un solo ejemplar de *El Rojo y el Negro* de Stendhal. Un librero al fin me explicó que Stendhal caía bajo la censura eclesiástica, junto con una inacabable lista de autores que iban desde Voltaire y Diderot hasta Malraux y Camus. Protesto ingenuamente: "¿Cómo es posible si aquí han editado obras completas de Anatole France?" "Sí señor, —me contestan tranquilamente— pero para la exportación, no para el consumo interno". A la censura se agrega la hipocresía: los libros que no pueden leer los españoles, pueden corromper en cambio a los latinoamericanos, siempre que los paguen. De mismo modo el número de *'Índice'* sobre Pío Baroja circuló en América pero no en España.

A la censura eclesiástica se agrega la censura política que explica la total ignorancia acerca de la bibliografía sobre ciencias sociales y políticas. No me refiero a Marx y Lenin, cuyos libros solo pueden entrar de contrabando, sino a la copiosísima bibliografía norteamericana sobre temas sociales.

Este clima de encierro y oscurantismo presidió la formación intelectual de una generación que ahora aparece, y eso puede explicar la pobreza de sus primeras obras. A su favor tienen una toma de posición nítida acerca de la necesidad de una literatura comprometida. Ello explica el mejor libro de poesía de Blas de Otero, titulado significativamente, "Pido la paz y la palabra". Eso explica la declaración de uno de los novelistas más jóvenes, Juan Goytisolo, que a los 21 años ha largado su primera novela sobre el extravío de los adolescentes: "Nosotros creemos en la eficacia social de la obra de arte —declaraba hace poco. Para nosotros el problema no radica en describir la realidad sino en modificarla".

Angel Rama.